

Escritores y supervivencia

Para un escritor es un consuelo saber que otros escritores, mucho más importantes que él, pasaron hambre y frío y pena. Si quien lo cuenta es otro escritor, más honda todavía será la herida que se abra. Amo a mis libros como a mis hijos, y me duele el alma sólo de pensar que tuviera que abandonarlos, y escapar como un preso por una alcantarilla para salir a no se sabe dónde. Amo a las pequeñas cosas que hemos ido reuniendo mi mujer y yo, y si tuviera que dejarlas para que cualquier quídam las robe, me dolería como una puñalada. No soy medroso, pero tiemblo cuando en alguna pesadilla me encuentro a solas, frente a una vida que no es la mía de siempre, y tengo que empezar a pelear como si tuviera veinte años. Y me consuela pensar que escritores mejores que yo pasaron por esas cuitas, y se adolecieron de amargura y de pena.

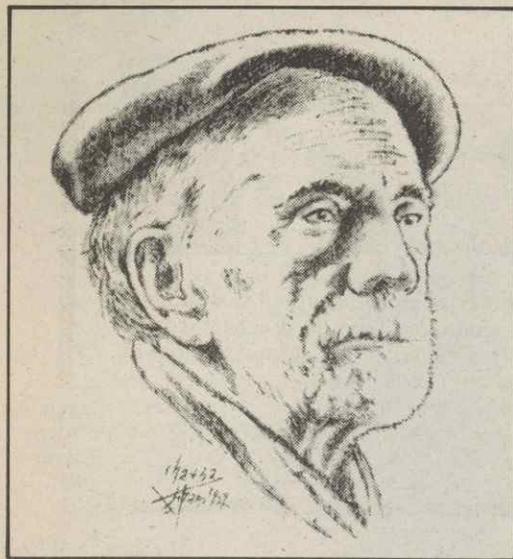
Uno lo sabe, lo ha sabido siempre, pero no acabó de entenderlo del todo hasta que alguien se lo da listo para ser consumido, como esos platos de cocina que venden preparados para comer sobre la marcha. Marañón, Sánchez Albornoz,

Azorín, Menéndez Pidal, Ortega y Gasset, Pérez de Ayala, Baroja... ¡Magnífica baraja de escritores españoles! Y también, ¡magnífica fuente de camelos para los cuentistas, con perdón, y los granujas! He sentido siempre, y no me arrepiento de nada, una tremenda responsabilidad a la hora de sentarme ante mi máquina de escribir, y sobre todo cuando he tenido por gusto o por obligación, que de todo ha habido en la viña del Señor, que hablar de algún escritor de esos que he nombrado antes, y otros afines y de su nivel. Ahora, en la lectura de este libro de Marino Gómez-Santos, mi respeto por aquellos hombres ha subido muchos enteros, como dicen los bolsistas.

¡Cómo sufrieron! Pero no por lo que tanta gente ha dicho, mintiendo a conciencia, o por seguirle la corriente a alguien que podía facilitarle un plato de cocido, que no de lentejas. Porque siempre se nos ha querido convencer de que tantos talentos huidos escapaban de la persecución de Franco y sus hombres, y luego veníamos a saber, porque estos mismos perseguidos nos lo acababan de contar en este libro,

que huyeron de la barbarie roja, y que sus libros y sus recuerdos y sus cosas de valor acabaron de mala manera, pero no porque Franco mandara destruirlos, sino porque algún chequista las maltrató. Y cuando digo chequista, y no me duelen prendas, me estoy refiriendo también a escritores de medianías, que pistolón al cinto entraron en las casa de aquellos sabios, y las asaltaron como piratas en la cubierta de un mercante indefenso. Me duelen las penas de aquellos hombres, entristecidos, sin dinero para sus más elementales necesidades, escribiendo cartas apenadas a sus amigos más afortunados para que les buscaran trabajo, una beca, un sueldo, algo... ¡Hombres que no habían hecho otra cosa en su vida que escribir, estudiar, trabajos intelectuales todos, y acaso hubieran aceptado como una liberación un empleo en alguna parte, donde hubiese un pedazo de pan al otro lado de una tapia.

De este libro se hablará mucho, y quizás no siempre bien. Porque de su lectura no se deduce que aquellos sabios y otros parecidos o incluso más importantes huyeron de España por-



que les aterrizzaba el Régimen franquista, sino muy al contrario, porque les aterrizzaba el dominio rojo, en una zona de España donde dejaron todo lo que tenían, para caer en el exilio sin una peseta y sólo con lo puesto. Y en el libro queda claro que aquellos hombres, los pillos que nos han querido pintar como rojos tremendos, tenían sus hijos en el frente nacional, y alguno de éstos he conocido y conozco, gracias a Dios, que llevan con orgullo no sólo el apellido glorioso de su padre exilia-

do, sino la estrella de oficial provisional, con la que anduvieron de un lado a otro a las órdenes de Franco.

«Un grupo irrepitible...» ¡Yo lo creo! Marañón, Sánchez Albornoz, Azorín, Menéndez Pidal, Ortega y Gasset, Pérez de Ayala, Baroja... Ahora que uno, por razones de oficio, tiene que soportar a tanto pedante, a tanto estúpido, a tanto resentido con serrín en la cabeza, me duelen más las penas, las miserias y las amarguras de aquellos siete irrepitibles, que tanto tu-



vieron que pelear para conseguir, al fin, un pedazo de pan con que quitarse el hambre. En la dedicatoria de éste libro me dice el autor: «Con la esperanza de que no tengamos que cruzar la frontera.» Sería como matarme. Y sin embargo, aquellos hombres sobrevivieron, y muchos vinieron a morir a España, cuando en España mandaba Franco, ahora tan olvidado. ¡Una pena!

**Domingo
MANFREDI CANO**